ANA CABALLÉ
Pasé la mañana escribiendo. Poéticas del diarismo español
por Mª Paz Fernández Montañez

JOSÉ CORREDOR-MATHEOS
Corredor de fondo (Memorias)
por Amador Palacios

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD
Descrédito del héroe y Manual de infractores
por Juan Carlos Abril

OLGA RENDÓN INFANTE
Los poetas del 27 y el Grupo Cántico *de Córdoba* (2 vols.)
por José Jurado Morales

AMADOR PALACIOS
La flor del humo (Autobiografía apócrifa de Gabino-Alejandro Carriedo)
por Ángel Luis Luján Atienza

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA
Los poetas del 27: tradiciones y vanguardias
por Manuel J. Ramos Ortega

ELADIO CABAÑERO
Palabra compartida (Antología Poética)
por Ángel Luis Luján Atienza

ROSENDO TELLO
Revelaciones del silencio
por Juan Marqués

ZENOBIA CAMPRUBÍ
Diario de juventud: Escritos. Traducciones
por María Alcantarilla

ACACIA UCETA
Poesía completa
por Antonio Serrano Cueto

Anna Caballé

Pasé la mañana escribiendo. Poéticas del diarismo español

Premio Manuel Alvar de Estudios Humanísticos 2015
Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2015

Es frecuente afirmar que las literaturas en lenguas hispánicas carecen de un extenso corpus de textos del denominado género autobiográfico y que tampoco abundan los estudios sobre cualquiera de los subgéneros ligados a él, al carecer del prestigio del que gozan en otras literaturas, no muy lejanas, por cierto, de nuestra órbita cultural. La escritura diarística, quizá por su condición de escritura privada y sin pretensión literaria la más de las veces, ha sido de todos estos subgéneros el menos estimado y estudiado. No obstante, la realidad editorial de las últimas décadas parece contradecir, al menos en parte, tal aseveración, pues no solo estamos asistiendo a una cierta proliferación de relevantes publicaciones de autobiografías, memorias y diarios de gran valor literario o testimonial, sino que, poco a poco y gracias a la constante labor de un grupo de prestigiosos escritores, investigadores y filólogos, la literatura autobiográfica española cuenta cada vez más con importantes e interesantes trabajos dedicados a su exégesis, estudio y difusión. Dentro de la no muy numerosa nómina de este selecto grupo, Anna Caballé, profesora de la Universidad de Barcelona y responsable de su Unidad de Estudios Biográficos, ocupa un lugar destacado.

Este bello y original ensayo, cuenta Anna Caballé en las palabras preliminares, galardonado en el año 2015 con el premio Manuel Alvar de Estudios Humanísticos, es el fruto del tercer intento de llevar a cabo un antiguo proyecto de sintetizar en un libro todas las reflexiones y preguntas que sus largos años de estudio sobre la literatura diarística del ámbito hispano y sus apasionadas lecturas de multitud de diarios personales le han ido suscitando.

Sin duda, no ha de ser tarea fácil para un investigador escribir pensando en un amplio público de lectores, la mayoría no especializados, sobre la materia que ha constituido durante años el objeto de su labor científica. Pero en el caso de Anna Caballé, esta tarea puede haberse visto facilitada por su condición de lectora incansable desde su infancia, justamente desde aquel día en que, curioseando en la árida biblioteca paterna, posó sus ojos en una biografía, toda una revelación para la niña que entonces era.

Más tarde, la lectura juvenil de *Memoria personal*, la autobiografía de Gerald Brenan, que le hablaba de tiempos más cercanos, le desveló que toda autobiografía, memoria o diario, sea cualesquiera su autor, no tratan de otra cosa sino de nosotros mismos, mostrándole el camino del verdadero conocimiento humanístico, y este descubrimiento le avivó aún más el fuego de su pasión por la escritura auto/biográfica. Por ello, en la elaboración de este ensayo, que nace con un fin científico y divulgativo a un tiempo, no olvida en ningún momento el punto de vista del lector, y aúna en sus páginas el rigor científico y su entusiasmo de empedernida lectora para, ilustrando y deleitando a un tiempo, haciendo uso de una prosa sencilla y amena que facilite la compresión de difíciles conceptos, dar a conocer los complejos entresijos de la literatura diarística incluso al lector menos versado.

El trabajo se presenta estructurado en dos partes, totalmente diferenciadas en forma y contenido. Así, en el breve pero denso estudio que abre el libro -un profundo y detallado estado de la cuestión sobre el diarismo hispano-, Caballé, con admirable capacidad de síntesis, informará al lector de las cuestiones candentes de la escritura diarística actual, y le hablará de la ya larga historia del diarismo español y de los profundos cambios que ha experimentado desde que algunos mercaderes bajomedievales descubrieron la posibilidad que ofrecían sus libros de cuentas para, también, anotar aquellos acontecimientos que querían preservar del olvido. Al mismo tiempo, no sólo le hará reflexionar -al hilo de los razonamientos de pensadores de la talla de Peter Sloterdijk, Castilla del Pino, Eloy Fernández Porta- sobre la difícil situación del ser humano en la sociedad postmoderna, con su excesiva valoración de la individualidad y los continuos ataques que sufre nuestra intimidad, sino que sabrá transmitirle su amor por el diario y le hará sentir las mágicas y melancólicas expectativas que, sin saber por qué, su lectura provoca.

En la segunda parte, Anna Caballé, consciente de la imposibilidad de conocer en su totalidad unos escritos que, al pertenecer a la esfera de lo íntimo, permanecen en su mayor parte ocultos -que ella compara poéticamente con la mítica Atlántida, el continente sumergido irremediablemente perdido-, decide, a mi parecer muy convenientemente, presentar el material del que se cuenta en forma de diccionario de autores y conceptos. La concatenación de las entradas por el azar del orden alfabético, explica la autora, reproduce a la perfección el orden azaroso de los distintos acontecimientos, a veces imprevistos, que van sucediéndose en nuestro día a día, que son (según la certera y pertinente puntualización de Caballé a la definición del DRAE) la materia consustancial de la escritura diarista. Y, en efecto, la ordenación alfabética ha determinado -¿casualmen-

te?- que la primera entrada de este diccionario esté dedicada al concepto "Adolescencia", precisamente la etapa de la vida humana en que con más frecuencia suele iniciarse la escritura de un diario.

El diccionario consta de 90 entradas, 69 dedicadas a grandes autores de nuestro diarismo (en cualquiera de sus lenguas), y 21 a conceptos imprescindibles relacionados con la escritura diarística. El haber adoptado la forma de diccionario ha posibilitado la inclusión de una amplia nómina de diaristas en un ensayo no excesivamente voluminoso y ha facilitado, además, que pueda hablarse de cada uno de ellos con la extensión debida. Cada una de las entradas dedicadas a los autores informa de sus vidas, de las motivaciones y las fechas de sus diarios, la localización del original (si aún se conserva), y los datos relativos a su publicación, en el caso de que exista. Los fragmentos de los diarios, introducidos como citas más o menos extensas en cada una de las entradas, dan buena muestra del tono y contenido de cada uno de ellos. Esta amplia nómina se ve incrementada con los muchos diaristas estudiados en cada una de las entradas de conceptos, para ejemplificarlos o explicarlos. La suma de todos representa en su conjunto un grupo significativo e importante de nuestro diarismo, presentándose reunidos por primera vez los grandes nombres del diarismo español: Josep Pla, Salvador Pániker, Gaspar Melchor de Jovellanos, Laura Freixas, El barón de Maldá, Carlos Edmundo de Ory, Andrés Trapiello, José Carlos Llop, Carmen Martín Gaite, Rosa Chacel, Miguel Sánchez-Ostiz, Jaime Gil de Biedma, Ignacio Gómez de Liaño, Francisco Cándel, y tantos otros que, en alguna etapa de su vida, decidieron dedicar una parte de sus jornadas a fijar en un cuaderno (o, como Torrente Ballester, en un magnetófono), el transcurrir de sus días. *Pasé la mañana escribiendo*, frase recurrente en los diarios de Zenobia Camprubí, es el hermoso título que ha elegido la autora para este libro en el que pretende hacer una defensa de nuestra intimidad, siempre amenazada en tiempos convulsos.

Anna Caballé lamenta la falta de una sólida tradición diarística en las literaturas de ámbito hispano pues, a excepción de *El quaderns gris* de Josep Pla, ningún otro diario ha creado escuela. Esta falta de modelos a seguir ha determinado que cada escritor aborde su escritura por distintos motivos y distintos criterios, haciendo uso, en definitiva, de distintas poéticas, como ha querido subrayar la autora con el subtítulo del libro: unos, grandes escritores como José Carlos Llop o Andrés Trapiello, entendieron un día su escritura diarística como una parte más de su quehacer literario, y enriquecen desde entonces nuestro caudal diarístico con valiosas páginas de elaborada y artística prosa; otros, como el desconocido capellán de Caspe, escriben su diario para su exclusivo uso personal y utilizan una sinta-

xis elíptica que solo ellos comprenden; mientras en las notas de Agustín de Foxá se puede escuchar el mundanal ruido de las fiestas sociales, en las de Rosa Chacel se oye apenas el inefable silencio de su mundo interior.

Afirma la autora que leer un diario "es como ver al trasluz la consistencia de una vida humana [...] descompuesta en partículas [...] que reconocemos, sorprendidos, como propias" (P.11). A través de las páginas de este libro muchas son las vidas que al trasluz de sus diarios podemos contemplar, que sentiremos como propias. Así, el lector sensible será herido por el punzante amor de José Fernández-Arroyo hacia la enfermiza Edelgard, que lo marcó durante toda su vida; o, comprendiendo las tribulaciones de Zenobia Camprubí poco antes de su muerte, se preocupará por el destino que habría de aguardar a Juan Ramón Jiménez cuando ella ya no esté para sostener su ánimo inestable; conocerá la soledad del exiliado, y quizá, como Herminio Almendros, emprenda para combatirla la escritura de un diario. Empatizando con el joven Emilio Prados, se sentirá desasosegado y confuso a causa de los ambiguos sentimientos que le provoca su amistad con Federico García Lorca; habitará las moradas interiores del alma de Santa Teresa, y las de Ignacio de Loyola, y las de la consciencia de Carlos Barral; presenciará, con los ojos del reputado maestro de primera enseñanza don Ángel Llorca, una clase de don Francisco Giner de los Ríos, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, una de las pocas experiencias didácticas que en España, junto a su variante catalana l´Institut-Escola, han defendido el valor ético y pedagógico de la escritura diarística.

Su presentación en forma de diccionario dota a esta segunda parte de una estructura abierta que ofrece la posibilidad de múltiples lecturas. La lectura diacrónica de los diarios tratados nos permite seguir el curso de la historia de España y asistir a sus momentos cumbres, guiados por sus hombres ilustres: tras una incierta y peligrosa travesía, descubrir las maravillas de un nuevo mundo junto a Cristóbal Colón; acompañar a Alfonso XIII a su solemne Jura de la Constitución y quedar sorprendidos por la clara visión que a sus dieciséis años tenía de la situación crítica del país: "de mí depende si ha de quedar en España la Monarquía Borbónica o la República", profetiza en la intimidad de su diario; pasar la tensa y larga noche del levantamiento del general Sanjurjo en el despacho presidencial de Manuel Azaña. Por su parte, la lectura sincrónica de los diarios escritos en algún momento especialmente crítico de nuestro país nos da a conocer detalles de su intrahistoria, a veces maestra de la vida más sagaz que la historia. El diario del escritor y diplomático Agustín de Foxá situará el foco de nuestras miradas en el otoño de 1936, y ante nuestros ojos pasarán los manjares de su bien abastecida mesa en un conocido restaurante

de París; al mismo tiempo, acompañaremos en Madrid a los refugiados de la embajada chilena, donde el diplomático Carlos Morla Lynch, tambaleante aún por la noticia del asesinato de su amigo Federico García Lorca, escucha sus penas de asilados. La niña de 12 años Encarnació Martorell i Gill nos llevará con su diario a vivir el hambre y las penurias de la guerra en Barcelona; Faustino Vázquez Carril nos llevará con el suyo a morir en La Coruña. ¿O acaso no morimos todos un poco, aquel 4 de mayo de 1937, cuando la descarga del piquete de ejecución abatió al soldado Vázquez Carril, de 23 años de edad, acusado de difamar a las autoridades militares franquistas a causa de las opiniones vertidas en su diario íntimo, encontrado casualmente?

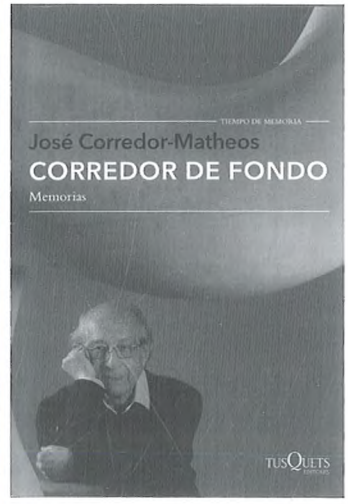
Desfilan por estas páginas los deleites y placeres de un aristócrata del S. XVIII; las patrióticas inquietudes de nuestros escritores ilustrados; la voz enamorada de un joven rey, fuente fecunda de leyendas y romances populares cuando las funestas parcas quebraron un matrimonio de tan solo cinco meses; los horrores de las guerras; la ilusionada espera de una mujer embarazada; el temor, la lucha y el aislamiento de una mujer gravemente enferma; la dolorida nostalgia de una viuda que contempla la belleza sublime de un paisaje que nunca volverá a ver junto a su esposo, vilmente asesinado. Vidas transmutadas en palabras, instantes fugitivos rescatados del olvido. ¿Acaso es necesario que explique el porqué de la magia que emana de este libro?

Mª PAZ FERNÁNDEZ MONTAÑEZ

José Corredor-Matheos

Corredor de fondo (Memorias)

Tusquets Editores, Barcelona, 2016



1) Lo primero que habría que preguntarse es por el interés que verdaderamente pueda suscitar el relato de la vida, contada en primera persona, de un personaje que si ha sido justamente reconocido en su oficio, a lo largo de su extensa y merecida trayectoria, de ninguna manera es un famosón, lo que quiere decir que no sale habitualmente en la tele, aunque haya aparecido

alguna vez en algunos espacios elitistas televisivos; que no es columnista de los grandes diarios (léase preferentemente *El País*), aunque haya publicado en *El País* y en tiempos fuera colaborador de emblemáticos medios españoles hoy desaparecidos aunque ya francamente históricos; que su poesía, galardonada con el Premio Nacional de Poesía, además de con alguna otra prestigiosa distinción, carece de esa dudosa proyección de algunos vates patrios consignados en los libros de texto.

2) ¡Pues claro que son sumamente atractivas estas memorias de José Corredor-Matheos! Tituladas *Corredor de fondo*, ya que el autobiografiado (aunque el autor sostiene que no es exactamente lo mismo una autobiografía que unas memorias) se dedicó en su juventud a la noble afición de recorrer las pistas de atletismo poniendo sus ágiles piernas al servicio de su salud y de unas físicas, sanas aspiraciones, si bien no consistiesen en la ambición crucial, vital e intelectual de su existencia.

La vida de, para tantísimos amigos como tiene, Pepe Corredor, es un modelo sumamente equilibrado de un importante transcurrir cultural en el que ha tenido una muy estimable actividad conformando una serie de hitos de gran valía. Dedicado profesionalmente, antes de jubilarse, al mundo de la edición, dirigiendo los suplementos de la Enciclopedia Espasa y del Gran Larousse Català, tal actividad le sirvió para encargar artículos y biografías a publicar en sendas enciclopedias, contactando con profundos conocedores del arte y la literatura (uno de los más valiosos, en este aspecto, fue Juan Eduardo Cirlot), trenzando del modo más efectivo y simpático una densa y fundamentada red de amistades, inclinación que Corredor ha llevado y sigue llevando a cabo a lo largo de su profusa trayectoria, consiguiendo no sólo los fines profesionales propuestos sino saboreando los momentos que proporciona la amistad, siempre dulce.

Durante muchos años José Corredor-Matheos aunó los esfuerzos de su hondo conocimiento a favor de la crítica de arte, escribiendo artículos y libros monográficos de artistas y comisariando exposiciones, quedando algunas de ellas como auténticas marcas significativas de la sociología de una España deseosa por salir de su atrofia. Uno de estos destacados jalones fue la muestra que preparó, en 1970, dedicada a Rafael Alberti, en la sede barcelonesa del Colegio de Arquitectos de Cataluña y Baleares, sufriendo los recelos e incumbencias dadas por el siempre incomprensivo régimen franquista, y en cuyos preparativos forjó una sólida amistad con el gran poeta gaditano, hasta el punto de visitarle varias veces en su casa ("hervidero", como él escribe) de la romana Vía Garibaldi, en el Trastévere; incluso, en una ocasión, José Corredor y Feli, su esposa, ocuparon solos, en compañía del gato *Buco*, el piso que los Alberti les

dejaron, mientras Rafael y María Teresa León se ausentaron de Roma.

Toda esta intensa actividad en torno al arte (la pintura, el diseño, la arquitectura, la cerámica, el mundo del juguete), reflejada en libros que versan sobre estas materias y en sus asiduos textos de crítica publicados en las prestigiosas revistas *Destino y Triunfo*, ocasionó concederle el Premi D'Arts Plàstiques de la Generalitat de Cataluña en 1993, y ser miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y de la Real Acadèmia Catalana de Bellas Arts de Sant Jordi.

3) Corredor-Mateos supongo que opina que un escritor puede adoptar las facetas o géneros que estime para sí convenientes o sea capaz de abordar y coherentemente desarrollar; pero seguro que también sostiene que un escritor mejora atesorando esta tricefalia: obra literaria propiamente dicha (poesía en nuestro caso), ensayo y traducción. Y José Corredor-Matheos ha ejercitado estas fértiles variantes. Uniendo, como tantas veces, su fervor a la empresa utilitaria, Corredor confeccionó una, que ya es canónica, antología de la poesía catalana contemporánea traducida al castellano; obra que cuenta con varias ediciones. Por esta producción recibió en 1984 el Premio Nacional de Traducción entre Lenguas Españolas. Por otro lado, sus libros dedicados a punteros artistas españoles contienen textos decisivos, siendo sustanciosos ensayos, siempre escritos en lenguaje llano, que subrayan que la capacidad crítica es igual a la libertad como ideal. Baste citar sus espléndidas monografías que analizan la pintura de Benjamín Palencia, Miró, Gregorio Prieto, Guinovart, Subirats, entre otros (como José Hernández o Jaume Mercadé), o estudian técnicas y efectos en los diseñadores Miguel Milá y André Ricard; recordando también, como hemos apuntado, sus magnos estudios dedicados al juguete o a la cerámica popular.

4) En *Corredor de fondo*, el ecuánime y entrañable Pepe no habla sobre su poesía, declarando claramente que a esta omisión, que quizá lamente el lector, le obliga su pudor. Hasta un momento dado, Corredor fue un poeta que, aplicando unas líneas éticas y estéticas, era perfectamente generacional, asumiendo la problemática expresiva obligada por la injusta actitud de la pesada (por decir poco) dictadura instaurada por el general Franco. Hizo sonetos, poesía social, y alambicó su pensamiento a favor de esa expresión necesaria motivada en gran parte por las funestas circunstancias. En la solapa de *Corredor de fondo* la primera frase que se lee, haciendo justicia, es que Corredor-Matheos es "miembro destacado de la generación del 50", aunque no figure en la un tanto atrabiliaria lista que estableció, con pretensión canónica, Juan García Hortelano.

Pero, en el transcurso de los primeros años de la segunda mitad del siglo XX, José Corredor desarrolló una nueva etapa de su poesía que, has-

ta ahora, no habrá nunca de abandonar, asentando su poética en un discurso económico, de corte zen, exhibido como un resuelto y genuino realismo. Tal vez pensó que el realismo de su etapa anterior se complicaba teniendo que depender del ritmo convencional, la rima, los hipérbatos y encabalgamientos consiguientes. Y decidió optar por una dicción límpida, esticomítica, insuflada del realismo que muchos otros no habían entendido. Entusiasta del filósofo Wittgenstein, José Corredor-Mateos aplicó a su nueva poesía lo dicho en la primera proposición del *Tractatus*, del pensador austríaco: "El mundo es todo lo que acaece". Pero supo también que la realidad supera al mundo, es más amplia que el mundo, pues acoge un ámbito que excede los hechos, situándose en lo virtual, es decir, lo imaginativo. De forma que Corredor describe el mundo más esa parte del doble sentido, centrado sobre todo en la ironía, por encima de una mera descripción.

Este proceso quiero definirlo con palabras del portugués Miguel Torga, quien en una entrada del primer volumen de su extenso *Diário* explica la admirable plurivalencia de la tierra, "que hace de una tarde de sol, de trigo y de cigarras el más asombroso espectáculo que se puede ver", y concluye que todo eso "se fue, y a la tarde se me apareció como un bello poema." (La traducción es mía). Ello indica la sublime transformación de la pura realidad en verdadera poesía.

5) En las más de 500 páginas de *Corredor de fondo*, el lector puede asistir al desarrollo de una suculenta historiografía, pues el autor se encarga de narrar, de modo muy preciso, muchos de los peliagudos sucesos del franquismo y de la transición a la democracia, donde la Cultura actuaba como una de las bisagras decisivas en la resolución de los acontecimientos: ricos avatares que trascienden la singladura personal de José Corredor y sus provechosas acciones en torno al mundo cultural. Nos cercioramos en la lectura de momentos difíciles de la historia de la oposición al régimen, como el sonado encierro de Monserrat, en el que Corredor participó. Y vemos cómo Corredor, en sus acciones, se adentra en una relación con políticos, pero manteniendo siempre una oportuna y elegante independencia. Ese mundo tan activo en el que se involucró está concebido como un gran y sucesivo ejercicio amistoso que considera el ámbito de la cultura encuadrado en una muy dinámica postura familiar, salvadora por el saber y la comprensión de las circunstancias. Corredor ha asistido a eventos, detentando protagonismo, y a cenas y almuerzos con políticos. Cenando con Maragall y Barreda, y sus respectivas esposas, él estaba allí como amigo de esos dos presidentes autonómicos. Sin más ladinas aspiraciones.

Un elemento que caracteriza la conformación de este libro es su lealtad a los orígenes. Corredor-Matheos, moviéndose du-

rante la práctica totalidad de su vida en Cataluña, atento además, con una correcta y efectiva perspicacia, a los aconteceres madrileños, nunca se olvida de que él, siempre sintiéndose manchego, nació en Alcázar de San Juan. Su continua ligazón con Alcázar, donde su padre trabajaba como ferroviario, se establece por una consolidada relación amistosa con unos vecinos de la casa de la Plaza de la Aduana alcazareña, con los que aún mantiene un asiduo e intenso contacto. El libro se abre y se va cerrando con la honesta evocación a su pueblo, describiendo sus buenos sentimientos hacia el mismo: "Cuando vuelvo percibo ahora aromas que son los mismos que me llegan de la infancia."

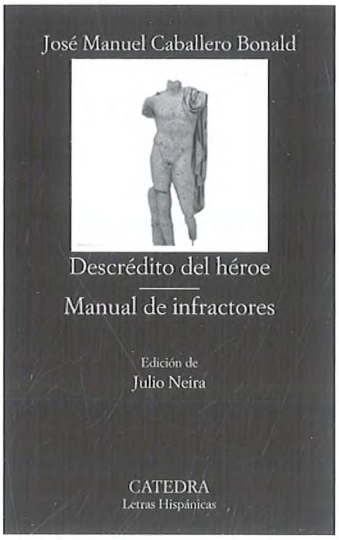
Hoy Corredor, un jovial anciano de 87 años, sigue con sus alforjas preparadas para asistir allí donde entusiásticamente se le requiere. Profundizando en la amistad y agrandando ese círculo familiar, basado en la afinidad y el respeto, que el arte y la literatura gratamente le ofrecen. Y su interés no sólo va encaminado a los ambientes estrictamente literarios o intelectuales. En Alcázar de San Juan hay un colegio que no lleva su nombre, sino el de *Jardín de arena*, título de uno de sus libros más señeros. Nuestro poeta se acerca anualmente a ese colegio para celebrar los "mayos" junto a los niños, a quienes la figura del poeta, año tras año, les resulta agradecidamente familiar. Acción, amistad y una sabrosa ejecutoria de piedad familiar (abarcando a su familia y al ambiente literario y artístico) son presupuestos inamovibles y fructíferos de uno de los escritores más atractivos y cabales (calificativo tan manchego) de nuestro tiempo.

AMADOR PALACIOS

José Manuel Caballero Bonald

Descrédito del héroe y Manual de infractores

Edición de Julio Neira, Cátedra. Madrid, 2015



El catedrático de Literatura Española de la UNED Julio Neira nos ha entregado otro estudio sobre Caballero Bonald, después de su magnífica biografía *Memorial de disidencias. Vida y obra de José Manuel Caballero Bonald*, que apareció en 2014 en la Fundación José Manuel Lara. Ahora nos sorprende con este extraordinario es-

tudio —de más de cien páginas— y reedición de *Descrédito del héroe* y *Manual de infractores* en la prestigiosa y canónica editorial Cátedra, donde ya en 1983 Caballero Bonald publicara una antología titulada *Selección natural*, cuyo estudio introductorio —del propio autor— ha sido y sigue siendo muy citado por la crítica, ya que ahí se señalaban las claves de su obra de madurez.

Nacido en Jerez de la Frontera, Cádiz, en 1926, sus más de seis décadas de publicaciones avalan una trayectoria ciertamente fértil y enjundiosa, con muchas y muy variadas calas en las que podríamos detenernos pormenorizadamente, como de hecho hemos realizado en otros acercamientos a la obra poética de nuestro autor. La reciente publicación de *Desaprendizajes* (Barcelona: Seix Barral, 2015) no es el broche final a una carrera consolidada por galardones tales como el Premio Cervantes 2012, sino sobre todo por entregas como las que aquí nos ocupan, *Descrédito del héroe*, publicado originariamente en 1977, con una «Nota introductoria» de Martín Vilumara (pseudónimo de José Batlló, a la sazón director de la editorial) en Lumen; y *Manual de infractores*, publicado en 2005 en Seix Barral. Dos cumbres formales y estilísticas de dos momentos muy distintos del jerezano, que podrían sin duda simbolizar dos de las grandes etapas por las que ha transitado su obra a lo largo de estas más de seis décadas. Pero también como paradigma de la poesía española contemporánea de cada una de sus coyunturas.

Son muchas las recopilaciones de nuestro autor, y ya largo el repertorio bibliográfico de reputados críticos que se han ocupado de él. Cada uno de esos acercamientos ha sumado un granito de arena para la comprensión de una poesía compleja y a la vez cercana, atractiva y curiosa, que no deja de llamar la atención tanto a especialistas como a lectores. No obstante la muy variada lista de antologías o reediciones, esta nueva edición de *Descrédito del héroe* y *Manual de infractores*, al margen de su valor canónico en la acreditada Cátedra, acompañada de un lúcido y explicativo estudio muy bien informado sobre los trasuntos de la poética bonaldiana, viene a ser una celebración de una poesía «excéntrica», tal y como afirmara Jenaro Talens, no sólo en el ámbito generacional del Grupo poético del 50, sino en el conjunto de la poesía española de la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI. Celebración y «justicia poética», recordando a Martha C. Nussbaum para dos obras fundamentales de los últimos cuarenta años, aunque también es cierto que una reedición canónica en Cátedra podría agrupar otros libros de nuestro autor, tales como *Laberinto de Fortuna* (1984) y *La noche no tiene paredes* (2009), o *Las horas muertas* (1959) y *Diario de Argónida* (1997).

La complejidad estructural de *Descrédito del héroe* es paradigmática en

lo que ya se ha establecido como «ciclo del laberinto», ya que tanto este volumen como *Laberinto de Fortuna*, el que le sigue, se estructuran en torno a la noción del laberinto. Julio Neira lo resume así, en su nutrida introducción titulada «José Manuel Caballero Bonald, una poética de la transgresión»:

"*Descrédito del héroe* era un libro muy novedoso en sus planteamientos conceptuales y expresivos y causó impacto en el ambiente poético, porque venía a demostrar que era posible hacer crítica de la realidad social con un lenguaje elaborado, insumiso a las prescripciones de la gramática común y ajeno al cálculo de su comprensión por un mayor o menor número de lectores. En sentido contrario, evidenciaba que para experimentar las posibilidades del lenguaje poético no era indispensable traspasar las fronteras del culturalismo, que también era posible hacerlo con la experiencia biográfica; y aún más, que esta y la vivencia de la cultura eran compatibles en la conformación de un sujeto poético que se expresara con un lenguaje nuevo, eminentemente lírico". (p. 54)

La literatura se rebela contra las consignas. El escritor tarda 14 años —desde 1963— en publicar un libro, haciendo del binomio vida/literatura una razón de ser por la que discurrir. En esa decantación temporal van fluyendo nuevas formas poéticas, ya en la madurez, la cual debe sacudirse el realismo como estructura *a priori* o plantilla desde la que se escribe o se concibe la escritura, encontrando por el contrario el autor su verdadero cauce expresivo, reconocido por él mismo y la crítica. Varios focos se canalizan en este libro, si bien Julio Neira también lo resume en tres «dimensiones: una biográfica, otra artística y otra social» (p. 41) para conformar «una poética personalísima, vinculada a las preocupaciones estéticas de su tiempo pero inmune al gregarismo de las modas.» (ibíd.).

Descrédito del héroe inaugura nuevos modos literarios —personales pero también epocales: el neobarroco *avant la lettre*— y se puede leer de muchas maneras, siendo siempre un ejemplo de cómo la literatura posee recursos de sobra para decir más de lo que dice. Las capas significativas van complementándose y superponiéndose estableciendo juegos semánticos y segregando jugos conceptuales, destellos líricos y apuntes irónicos, momentos épicos y, en general, acercando al lector pinceladas a propósito de las posibles trasposiciones entre la realidad y la ficción, siendo un catálogo de perplejidades, y al mismo tiempo una suma de voluntades estéticas. No hay que olvidar el poso «social: ético-estético» que mueve el libro en algunas de sus claves o sedimentos, a través de un héroe que se sabe fuera de lugar, que no tiene —acaso nunca tuvo— sentido. La riqueza de la polisemia, inherente a la poesía, se abre desde el libro, y sin duda espolea la escritura del vo-

lumen posterior, *Laberinto de Fortuna*, mucho más críptico, donde se intensifican y retuercen todos estos recursos descritos, aquí descubiertos y felizmente experimentados, hasta convertirse en un paradigma del barroquismo.

Por su lado, *Manual de infractores* recoge un momento bien distinto de la poética bonaldiana, a comienzos de siglo XXI (publicado en 2005). También aparece en una situación diferente, donde la sociedad española del consumismo y el auge del capitalismo neoliberal, está estancada y adocenada, una vez abolidas las utopías y sin ningún referente ideológico más que el gregarismo y el sectarismo hipócrita y homologado. La protesta social es explícita, y se consigue a través de un lenguaje más agudo, certero, preciso, incisivo, apotegmático a veces, evitando los vericuetos y volutas barroquizantes, aunque más bien habría que decir que el barroco en *Manual de infractores* se encuentra de vuelta, más interiorizado en el uso del lenguaje, más como reducto estructurador, sin ser permeable en las primeras capas. Al minimizar el nivel de significación polisémica, los poemas ofrecen a primera vista menos lecturas que *Descrédito del héroe*, sin que deje de emerger la mirada rebelde, aquí llamado «infractor». Así lo asegura también el profesor Julio Neira en la introducción citada:

[...] "los poemas de *Manual de infractores* (2005) surgen de la indignación que le produce asistir, impotente como ciudadano, a tantas imágenes de guerras miserables, injusticias sociales, atentados a los derechos humanos, etc., que todos los días le acercan los medios de comunicación. Frente al retroceso de la libertad, la justicia y la solidaridad que sufren las sociedades a inicios del siglo XXI, el libro ofrece una respuesta en clave de insurgencia poética, con una vitalidad inusual en quien estaba a punto de cumplir ochenta años. Este aldabonazo en las conciencias, construido con un lenguaje fresco y directo, pero, como se verá, no menos elaborado, beligerante con cualquier sobra de escapismo estético, le convierte en arquetipo de insurrectos en tiempos de conformismo moral generalizado". (pp. 56-57).

Hay y no hay relaciones entre ambos libros. Son poemarios autónomos pero obviamente poseen vasos comunicantes, como ya hemos apuntado, al igual que el resto de la obra de José Manuel Caballero Bonald, un autor que se ha dedicado especialmente, por señalar una de sus características —y ciñéndonos al breve espacio de una reseña—, a crear guiños intratextuales a partir de líneas temáticas ya tratadas, matrices expansivas, confiriéndole no sólo carácter a la variación, sino reflexión y proyección a la propia obra en el conjunto de todo un «universo narrativo», como apuntara en su día José Juan Yborra Aznar, o una semiosfera semiótica, en términos lotmanianos.

Así, en el poema de *Descrédito del héroe* «Supervivencia» (p. 155), el per-

sonaje acaba acudiendo a «la cajita de yerbas» para saltar «por fin al borde de la vida», verso con el que concluye el poema. Naturalmente que el personaje puede y no puede parecerse al propio Caballero Bonald, pero aquí resalta su disposición a huir de la grisura de los tiempos que atravesamos, hacia la fuga que proporciona la marihuana. La anécdota se halla muy adelgazada en el texto y el poema es una mera constatación de la necesidad periódica de fuga de una realidad desechable hacia un paraíso artificial. El poema se presenta así como una propuesta de insumisión ante la realidad. En *Manual de infractores*, en la composición titulada «Bienaventurados los insumisos» (p. 267), se apela a la insumisión desde otra perspectiva, ya que también concluye el poema diciendo «Ha aprendido a vivir al borde de la vida.». Vemos, pues, cómo ese borde de la vida resulta conclusivo y significativo no sólo desde el punto de vista textual, sino como resumen de un modo de encarar las afrentas de la vida, a nivel individual, y de la historia, a nivel colectivo. Los insumisos o infractores son capaces de regenerar un tiempo muerto, un tiempo gris, en una sociedad de conciencias homologadas y nula conciencia crítica, aborregada por los objetos inútiles que nos rodean e incapaces de generar felicidad... En suma, esta reedición de *Descrédito del héroe* y *Manual de infractores* de José Manuel Caballero Bonald, nuestro Premio Cervantes 2012, preparada por el profesor Julio Neira, no puede ser más oportuna y nos complace mucho que haya aparecido, por su difusión a través de una de las editoriales más importantes del panorama en lengua española, y que a buen seguro hará posible que muchos lectores se acerquen con más facilidad a conocer la obra del jerezano. Y que la disfruten.

JUAN CARLOS ABRIL

Olga Rendón Infante

Los Poetas del 27 y el grupo Cántico de Córdoba (2 vols.)

Alegoría, Sevilla, 2015

Olga Rendón Infante es Licenciada en Filología por la Universidad de Sevilla y Doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Cádiz, ejerce como Profesora de Educación Secundaria y Bachillerato y desde hace años forma parte del grupo de investigación de la Junta de la Andalucía "Estudios de Literatura Española Contemporánea". Lleva tiempo trabajando con rigor distintas parcelas de la literatura española de los

siglos XX y XXI y ha publicado notables trabajos sobre autores como Gerardo Diego, Fernando Quiñones, Ángel García López, Eduardo Mendicutti, Ginés Liébana, Ana Rossetti, Felipe Benítez Reyes, Julio Manuel de la Rosa y Rafael Guillén. También se ha interesado por las revistas poéticas de posguerra, con la cordobesa *Cántico* como referencia nuclear, y por la poesía de posguerra en general, con un análisis de la vinculación entre los poetas del sur y los de otros puntos de la geografía española.

Con todo, su especialización radica en el rescate y el estudio de cartas inéditas y, no en vano, el tema de su tesis doctoral giró en torno al epistolario inédito del cordobés Ricardo Molina, el poeta y codirector de la revista *Cántico*, y, en particular, sobre la correspondencia mantenida por este con algunos de los nombres mayores de la Generación del 27: Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Jorge Guillén, Gerardo Diego y Dámaso Alonso. De tal forma, Olga Rendón se incorpora a una línea de investigación fundamentada en el análisis de los epistolarios de intelectuales y creadores a fin de completar la historia literaria y cultural de una determinada época y la trayectoria bio-bibliográfica de los corresponsales. De esas investigaciones doctorales surgen los dos impagables volúmenes que constituyen *Los poetas del 27 y el grupo Cántico de Córdoba* publicados por Alegoría con un atinado y sugestivo prólogo de Vicente Molina Foix. De entrada, siempre conviene resaltar la apuesta valiente de toda editorial que arriesgue sus cuartos a estampar un libro como este de indudable valor filológico. Así lo ha hecho la editorial sevillana Alegoría, que poco a poco va configurando un estimable catálogo humanístico con libros de poesía, narrativa, filosofía, crítica e historias literarias, educación y ensayos en general.

Los dos volúmenes suman más de 600 páginas y aportan una extraordinaria documentación inédita para aquilatar el magisterio de los escritores del 27 y para indagar en la iniciativa de los jóvenes poetas cordobeses reunidos alrededor de la revista *Cántico* en la España de los años cuarenta y cincuenta. Se aprecia una infatigable labor investigadora para la búsqueda y el análisis de más de cien documentos (cartas, postales, tarjetas, felicitaciones, etc.) cruzados entre 1947, a raíz de la convocatoria del Premio Adonais, y el 29 de diciembre de 1967, en que Dámaso Alonso fecha una suya, solo unos días antes de que Molina muera el 23 de enero de 1968. Las cartas recibidas por Molina se han conservado en el legado de sus descendientes, entre quienes cabe subrayar la figura de su sobrina, Flora Molina Soriano, guarda y custodia de su archivo durante mucho tiempo. Las enviadas por él ha exigido una pesquisa notoria con el seguimiento de unas cartas en ocasiones preservadas por sus familiares y albaceas, caso de Diego y Aleixandre, y en otras depositadas en la Biblioteca Nacional, caso de Alonso y Guillén. Asimismo, se advierte mucho oficio filológico en la transcripción rigurosa y la anotación exhaustiva de este epistolario inédito casi por completo. En última instancia y más

allá de las propias cartas transcritas y comentadas, sorprende en la lectura de este trabajo cómo Olga Rendón Infante ha sabido extraer con lucidez lo esencial de muchas notas de prensa, diarios, testimonios, entrevistas, fotografías, manuscritos, poemas sin publicar, dibujos, cartas y otros documentos olvidados o desconocidos para trazar y valorar las relaciones personales y creativas entre unos y otros.

Toda la investigación queda agrupada en dos tomos. En el primer volumen la autora rememora la trayectoria inicial del grupo *Cántico* y los pasos de su revista en pos de una poesía al margen de modas y corrientes en el panorama poético andaluz y español de los años cuarenta y cincuenta; reconstruye los afanes literarios e investigadores de Ricardo Molina, su formación humanística y su labor al frente de la revista; indaga en las conexiones entre los autores del 27 y *Cántico*, analiza sus contribuciones y recuerda las visitas de estos a Córdoba y sus alrededores con los encuentros con los jóvenes poetas andaluces; disecciona la correspondencia entre Molina y Vicente Aleixandre, estudia la obra poética de Molina a través de estos documentos y aporta las cartas de uno y otro con muchas anotaciones; remata con un acopio de documentos gráficos: fotos, reproducciones de los originales de las cartas y recortes de prensa; finalmente ofrece unos cuantos índices muy prácticos para la consulta del volumen.

En el segundo tomo arranca con el estudio de la presencia de Luis Cernuda, Jorge Guillén, Gerardo Diego y Dámaso Alonso en las páginas de *Cántico*, subraya la importancia del número doble de la revista dedicado a Cernuda en 1955, que se ha convertido en un símbolo de su restitución en la España peninsular y franquista, y apunta las visitas de Diego y Alonso a Córdoba para participar en conferencias, recitales y certámenes que tanto ayudan a convertir la ciudad en un referente cultural del sur; desmenuza la intrahistoria de la correspondencia de Molina con Cernuda, Guillén, Diego y Alonso; reúne las cartas intercambiadas por Molina y cada uno de los cuatro escritores con el aporte de muchas anotaciones aclaratorias; presenta nuevos documentos gráficos: dibujos, reproducciones de los originales de las cartas, cubiertas e interiores de libros y revistas, y recortes de prensa; recopila una selecta pero nutrida bibliografía; y, por último, vuelve a articular unos cuantos índices de nombres, obras, publicaciones e ilustraciones muy prácticos para la lectura del tomo.

Por consiguiente, estamos ante el estudio de algunos de los nombres principales de la poesía española del siglo XX con el maravilloso regalo de la edición de unas cartas que hablan de proyectos literarios, concepciones poéticas, libros en ciernes, conferencias y recitales previstos, etc., pero también de experiencias vitales, confidencias y privacidades: Aleixandre escribe sobre el amor, Cernuda lo hace sobre su exilio en América, Guillén recuerda sus clases en Sevilla, Diego menciona su afición a los toros, Alonso insiste en su dedicación a Góngora,

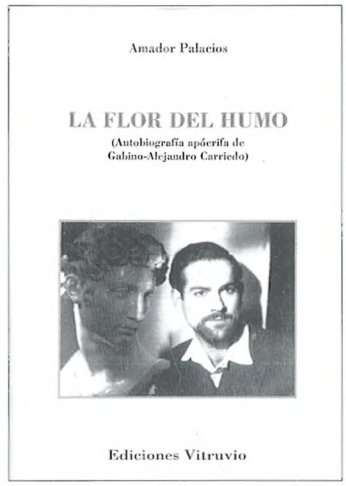
etc., etc. No hay nada como completar las lecturas de sus obras poéticas con el cotejo de estas cartas que ponen al hombre y al escritor frente a frente. Valgan dos botones de muestra: Aleixandre escribe el 18 de marzo de 1948 que «Yo soy mucho más que un hombre, pero no soy más que un hombre. Abordo como un titán, pero tengo la flaqueza de un hombre. Y hay veces que no puedo vivir» y Cernuda señala el 22 de abril de 1956 que «Cuánto bien me ha hecho ver que no estoy tan solo como a veces me figuro».

JOSÉ JURADO MORALES

Amador Palacios

La flor del humo (Autobiografía apócrifa de Gabino-Alejandro Carriedo)

Ediciones Vitruvio, Madrid, 2015



Ya es raro que asomen por el balcón de nuestra letras biografías de poetas, más raro aún que sean de poetas contemporáneos, rareza casi impensable que sea la biografía novelada de un poeta contemporáneo, pero desde luego es inédito y prodigio de singularidad la aparición de una autobiografía novelada de un poeta no solo contemporáneo sino injustamente arrinconado por crítica y público lector (el poco que aún pueda seguir teniendo la poesía), un poeta que constituye una rareza en sí mismo, como Gabino-Alejandro Carriedo (1923-1981), a contrapelo de la poesía de su tiempo; primero embarcado en la aventura postista y después desarrollando una trayectoria singularísima en que supo sacar el mejor partido de la poesía de voz comprometida y de las aventuras vanguardistas, y que como persona civil se ganó la vida editando revistas de maquinaria agrícola. Con esta tarjeta de presentación es difícil resistirse al personaje.

En las redes de esta seducción se dejó atrapar hace mucho tiempo Amador Palacios, responsable del libro que tenemos entre manos; un trabajo que supone la culminación (que no el término) de una larga relación con Gabino-Alejandro Carriedo, que lo fue también de amistad cuando el poeta vivía. Ya en 1984 había dedicado Palacios una biografía y estudio crítico al autor:

Gabino-Alejandro Carriedo, su continente y su contenido (Palencia, Caja España), en esa ocasión en el registro tradicional académico más riguroso.

Amador Palacios es un reconocido poeta y estudioso de la poesía española de posguerra, especialista en el movimiento postista; es colaborador habitual en la prensa cultural, particularmente en *Artes & Letras* de la edición de *ABC* de Toledo, a lo que une su faceta como traductor. Su conocimiento no solo de la obra y la figura de Carriedo sino también de la poesía contemporánea le ha puesto en condiciones de emprender y llevar a buen puerto este trabajo más que original sobre uno de los poetas más injustamente arrinconados de nuestra historia lírica reciente.

La idea de Amador Palacios era pasar de la prosa seca y el estilo erudito, donde ya se había bregado con suficiencia, a contar la trayectoria del poeta y de la poesía coetánea no solo desde dentro de la historia literaria sino desde dentro del personaje mismo. Como ya digo, la novedad es notable, pues aunque tenemos ejemplos de biografía novelada, como la que el poeta Luis García Montero ha dedicado al poeta Ángel González (parece que son los poetas los únicos que se ocupan de los poetas), el único paralelo que encuentro a la hazaña de Palacios es la serie "Memoria de la Historia", de la editorial Planeta, donde eran los propios personajes históricos los que narraban su peripecia vital.

La elección entraña muchos riesgos. En primer lugar requiere un enorme grado de familiaridad con el ambiente poético de la época y con el entorno social, una mimetización exhaustiva con el personaje y el hallazgo de un tono creíble; aunque también tiene sus ventajas, como bromea el propio Palacios en la "Justificación" al hablar de la libertad que otorga el delegar la voz en el propio protagonista: "pues si hay algún lapsus en la narración de la historia de la poesía española durante el franquismo, que los habrá, la responsabilidad recaerá en Carriedo, no en mí" (8); pero por encima de todo está la libertad de esquivar el hastío que produce "otra vez un estudio con epígrafes encadenados, con prolijo número de notas a pie de página, estorbadoras de la lectura" (7). Para completar la broma el autor introduce un guiño al tópico del manuscrito encontrado, desarmando este viejo truco literario.

El libro se divide en la redonda cifra de diez capítulos, con el acierto estructural de comenzar no por el principio estricto sino por el momento en que Carriedo se enfrenta a la muerte por primera vez: "Tuve la posibilidad de fallecer a los veinte años". Se refiere el autobiografiado al accidente sufrido por un tren en León, que el poeta debía haber cogido para reincorporarse a su destino militar, pero que afortunadamente perdió. Desde este prometedor inicio se crea una atmósfera en que la muerte parece haber retrasado su visita y el resto de la vida

de Carriedo se convierte en un aplazamiento de ese encuentro, lo cual cuadra muy bien con el carácter de su poesía. La muerte llega inevitablemente al final (el libro está contado desde el último año de la vida del poeta), pero eso no lo leemos, obviamente, sino que cerramos las páginas del libro con lo que en un orden normal hubiera sido el principio: la partida de nacimiento de Carriedo, que no solo desplaza la muerte sino que la anula, pues la desaparición física se presenta entonces como un nacer a la vida de las letras. Una especie de retruécano o quiasmo en la dispositio que tiene valor simbólico.

Cada capítulo lleva un título resumidor del contenido a la manera cervantina y a través de su lectura nos vamos enterando no solo de los avatares de la vida del poeta sino de todo el entorno literario y social de la época. El primer capítulo está dedicado a las andanzas militares del poeta y su entrada en la vida civil, mientras que el segundo se centra en el inicio de su vida literaria, con una recreación ajustada del ambiente literario palentino de posguerra con la peña Nubis y su proximidad al grupo *Espadaña* de León. Aquí aparecen algunos episodios un tanto olvidados de nuestra historia literaria, como la aparición de las revistas *Nubis* (del mismo nombre que la peña) y *Rocamador*, y la colección de poesía homónima de esta última. El tercer capítulo abarca la llegada a Madrid y la aventura del postismo, con un rico cuadro del mundo literario de la capital en la época. Asistimos después a la enfermedad y convalecencia en Palencia con múltiples lecturas. El capítulo 5 resulta central en tanto que contiene otro episodio fundacional de nuestra historia poética: la creación del movimiento "realismo mágico" con Ángel Crespo y la aparición de las revistas *El pájaro de paja* y *Deucalión* que supusieron un punto de encuentro para todo tipo de poéticas disidentes de las corrientes imperantes en el momento. El capítulo 6 se dedica a la relación con otros dos poetas también necesitados de un empujón hacia el canon: Miguel Labordeta y Juan Eduardo Cirlot. El capítulo 7 pone el foco en la poesía comprometida, y en él se reproduce, para curiosidad del lector, una carta de Manuel Fraga a todos los firmantes de la protesta por la detención, tortura y muerte de Manuel Moreno Barranco. En el capítulo 8 vemos desfilar los años 60 y la labor editorial de Carriedo, que tiene su continuidad en el capítulo 9, centrado principalmente en la relación con la literatura brasileña y la poesía en portugués debida a su pluma. El capítulo 10 cierra la serie en las vísperas de la muerte del poeta, con la satisfacción del reconocimiento tardío, además de ese segundo nacimiento al que hace un guiño la colocación ahí de su partida de nacimiento, como ya he dicho.

Aparte de lo bien recreado que están los ambientes literarios, tanto el de la provincia como el de Madrid de la posguerra, por el libro desfila todo tipo de

personajes literarios, desde reconocidos autores de primera línea, pasando por segundones más o menos rescatables, hasta tercerones olvidables, aunque algunos reivindicados por Palacios-Carriedo, como el cura Fermín García Sánchez. Es esta intrahistoria literaria una de las grandes bazas del libro, que tiene también su aquel de "cotilleo" culto, como toda autobiografía que se precie. En este campo se detecta alguna imprecisión, que no afecta al desarrollo de lo expuesto, como el atribuir a Corredor-Matheos y Jesús Lizano la misma novia, desliz del que el propio autor se ha desdicho públicamente. La poesía se nos presenta, así, como algo más divertido de lo que habitualmente se considera, cosa que condice perfectamente con el carácter de Carriedo que hizo de su poesía un juego, en ocasiones muy serio y trascendente, pero juego al fin y al cabo.

Para compensar la parte "frívola" el autor va injertando a lo largo de las páginas una serie de comentarios filológicos de poemas ajenos puestos en boca de Carriedo, que descolocan un tanto al lector, independientemente de lo acertados que resultan, porque rompen el tono y el hilo del relato. En esta línea aprovecha Palacios, con buen criterio, para ir haciendo una pequeña antología de Carriedo, que servirá para dar difusión a una obra que, como insistimos, ha quedado oculta y que permitirá al lector todavía no iniciado hacerse una buena idea de la evolución estética del palentino.

Más allá de su carácter ficcional, el libro está muy bien documentado. Gran parte del material que sirve de base procede de cartas inéditas del poeta y de otros corresponsales, con lo que el lector disfruta de un material novedoso y muy relevante para la historia de nuestra poesía. A partir de la página 138 se hace alusión y se copian párrafos de un "diario" también inédito del poeta, del que no se nos dice nada en el prólogo (como sí se hacía con las cartas), pero que sabemos que corresponde al diario que obra en poder de Amador Palacios y que este había transcrito ya en su obra *Gabino-Alejandro Carriedo, su continente y su contenido* (ocupa del 15-X-48 al 28-VI-49).

Cierra la obra una serie de útiles apéndices bibliográficos, que dan cuenta tanto de la producción del autor, como de los estudios sobre Carriedo y su época, así como una identificación de la procedencia de los poemas citados, todo ello para los lectores que quieran seguir profundizando en el tema.

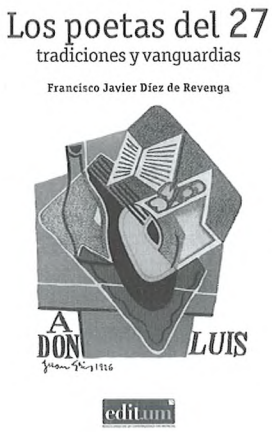
La flor del humo, título tomado de un verso del autor y acertado por lo sugerente, es una lectura aconsejable para quien quiera introducirse en la obra de Carriedo y en la poesía española de posguerra, y hacerlo de una manera lúdica y entretenida, a la vez desenfadada y profunda. En ella el lector encontrará todas las claves, y todos los hilos de los que puede ir tirando para desentrañar la madeja de nuestra enredada historia poética contemporánea.

ÁNGEL LUIS
LUJÁN ATIENZA

Francisco Javier Díez de Revenga

Los poetas del 27: tradiciones y vanguardias

Universidad de Murcia, 2016



Sería difícil poder abarcar en toda su riqueza el legado de los poetas del 27 sin recurrir a la fórmula bipolar con la que la ha resumido tan acertadamente el título de este nuevo libro del profesor Díez de Revenga: *Los poetas del 27: tradiciones y vanguardias*.

Porque, como escribiría Rafael Alberti en sus memorias, la verdadera vanguardia, desde que los poetas del 27 surgieron, eran ellos. Y por el otro extremo, Gerardo Diego popularizaba la original fórmula "bodega-azotea" para definir su ambidiestra predilección poética por el reconocimiento de la tradición junto a la vanguardia. Todo un símbolo, pues, que en ese liminar año de 1925 ambos poetas, el cántabro y el gaditano, merecieran *ex aequo* el Premio Nacional de Literatura por dos títulos, *Manual de espumas* y *Marinero en tierra* respectivamente, compartiendo la fórmula alternante –nunca contradictoria– de la tradición junto a la vanguardia.

No sólo eso, el segundo libro de Luis Cernuda coloca en su frontispicio una ceñida y elegante terna de formas clasicistas: *Égloga, Elegía, Oda*. Y apenas cuatro años después, Gerardo Diego da a las imprentas su propuesta creacionista: *Fábula de Equis y Zeda*. Y Rafael Alberti, por su parte, abre el abanico de sus canciones tradicionales de *Marinero en tierra* (otra herencia antigua, aunque renovada y neopopularista, de los cancioneros medievales y renacentistas) a la imaginería gongorina y también neopopular, de *Cal y Canto*. Góngora, "el Mallarmé español", según Jorge Guillén, y el gongorismo habían ganado el pulso por el momento. Por lo menos hasta que el superrealismo no hiciera su acto de aparición. Todo un espejismo porque el superrealismo, como antes el ultraísmo y el creacionismo, una vez adaptados al "hispánico modo", se convierten también en "tradición". Pues es esa y no otra, la jánica propuesta (tradición junto a vanguardia) de incorporación a la vida poética de los jóvenes que iban a ser conocidos como la "generación del 27".

Es esta la columna vertebral que recorre de manera magistral los 24 artículos que conforman el contenido de este libro de Díez de Revenga, consumado especialista en esta materia poética que él ha elegido como una de sus preferenciales líneas de

investigación, entre otras muchas, que han jalonado su excelente *cursus honorum*, desde su temprana dedicación académica.

Obvio es resaltar que en este libro aparecen todos los temas, corrientes poéticas y autores del 27 que figuran entre los preferidos y más recurrentes de su línea investigadora en los últimos años. Entre ellos, uno de sus motivos más queridos y quizá buque insignia de su labor investigadora, con el que el profesor Díez de Revenga ha dado sobradas muestras de su consumado método de acercamiento a esa propuesta inicial que figura al frente de su libro: La tradición y la vanguardia. Eso sí, con especial atención a la llamada que el mismo profesor Díez de Revenga realizó en su libro de 2003: *La tradición áurea. Sobre la recepción del Siglo de Oro en poetas españoles contemporáneos*. Afortunado hallazgo y fértil crisol en el que Díez de Revenga ha sabido fundir, con perspicaz solvencia, prácticamente a todos los poetas, todos los estilos y todas las tendencias y publicaciones poéticas (incluidos, las revistas literarias, los manifiestos y el ensayismo de la Edad de Plata) que han surcado el ancho piélago de la literatura española, agrupados todos bajo el discutido aunque ya irrenunciable marbete de "generación del 27." Siempre bajo ese doble dictado o "mester" de la tradición y la vanguardia.

Por esta doble senda tradicional y vanguardista pasa revista a los poetas y prosistas que acabaron siendo reconocidos universalmente: Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Rafael Alberti, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Federico García Lorca, Luis Cernuda... Y estos en relación cenital y transversal con otros géneros afines (dramático, ensayístico) y otras manifestaciones artísticas, como "Picasso y los poetas del 27."

Así pues, estamos ante una obra que rinde cuenta de una vida dedicada a la investigación y a la crítica literaria sin escatimar esfuerzos. En la que se aprecia un armonioso equilibrio entre la labor investigadora y la difusión pedagógica del docente, fruto sin duda de casi cincuenta años dedicados a la enseñanza. En este sentido el libro se beneficia del uso de un lenguaje directo y cercano, coloquial a veces, aunque sin perder un ápice de la necesaria altura filológica que debe reunir un trabajo de esta naturaleza.

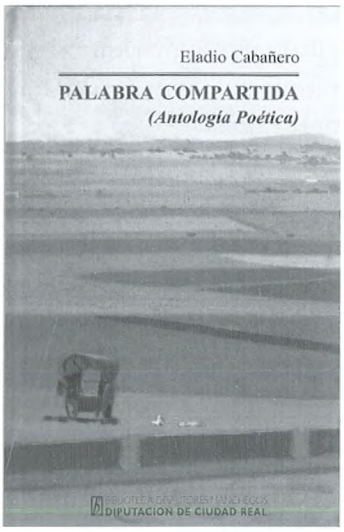
Y sobre todo, este libro se convierte, más que ningún otro de los que han abordado la obra del grupo poético mencionado, en una obra de imprescindible lectura para todo aquel investigador, joven o no tan joven, que quiera profundizar en las raíces literarias de nuestra rica tradición hispánica de la mano de uno de los más consumados y reconocidos críticos de la poesía española desde el Siglo de Oro hasta la época contemporánea.

MANUEL J.
RAMOS ORTEGA

Eladio Cabañero

Palabra compartida (Antología Poética) Introducción y selección de Pedro A. González Moreno.

Diputación Provincial de Ciudad Real, 2014



Cualquier ocasión y pretexto son buenos para recordar la figura y la poesía de Eladio Cabañero, cuya estatura humana y poética parece empequeñecida con el pasar y el pesar de los tiempos, pero es que a lo mejor estamos mirando por el extremo equivocado del catalejo. Con solo cuatro libros publicados, Eladio Cabañero fue una referencia ineludible en la poesía española de los años 60. Como Claudio Rodríguez, su obra es escasa en volumen pero extensa en hondura, de una pulcritud formal de artesano y cargada de contenido humano y telúrico: un canto al hombre y la tierra que habita, a veces con dificultad. No tuvo el manchego el vuelo visionario y cosmológico del de Zamora, ni su ligero hermetismo, pero quizá por eso su poesía resulta más cercana a cualquier lector de hoy.

También se comparó a Eladio Cabañero con Miguel Hernández por su trayectoria vital. A su llegada a Madrid, como nos cuenta Florencio Martínez Ruiz, testigo de aquel tiempo, "[su] presencia [...] fue acogida con un respeto muy semejante al del 'cabrero de Orihuela', Miguel Hernández, por su parecida peripecia biográfica. (Eladio Cabañero entre los mil y un oficios de la vida, había sido albañil en su pueblo manchego)"[1]. En efecto, nacido en Tomelloso (tierra pródiga en escritores) en 1930, Eladio ejerció en su pueblo las más diversas tareas hasta llegar a Madrid donde se empleó en la Biblioteca Nacional. Llevaba con él entonces la autenticidad poética y vital que lo asemejaba a Hernández no solo por la formación autodidacta sino por su verbo potente y su lenguaje con sabor a tierra y de un barroquismo que fue desnudando con los años.

En apenas tres lustros, los que acotan su volumen *Poesía (1956-1970)* editado por Plaza & Janés en 1970, publicó cuatro libros de poemas: *Desde el sol y la anchura* (1956), *Una señal de amor* (1958, accésit del Premio Adonais), *Recordatorio* (1961) y *Marisa Sabia y otros poemas* (1963), que le valieron el Premio Nacional por este último y el Premio de la Crítica por el volumen recopilatorio, que contenía, además, unos cuantos poemas inéditos de un supuesto futuro libro que nunca vio la luz, pues el poeta no volvió a publicar ningún volumen poético después de 1963. No sabemos la

1 "Prólogo" a Eladio Cabañero, Poesía (1956-1970). Barcelona: Plaza & Janés, 1970, p. 10.

razón por la que Cabañero dejó de escribir, pero en la "Introducción" a *Palabra compartida* se recoge una declaración suya explicando que la inspiración "lo mismo que urgentemente acude, sigilosamente se va" (11).

Con todo, no hay de qué lamentarse. La obra que nos ha dejado el manchego es suficiente y sustanciosa para medir a un poeta por la estatura de la calidad y no por la anchura del grueso. Y eso es precisamente lo que viene a demostrar esta antología, publicada en la prestigiosa y bien cuidada colección "Biblioteca de Autores Manchegos", de la Diputación de Ciudad Real, a cargo de Pedro Antonio González Moreno, poeta y crítico literario coterráneo del protagonista (nació en Calzada de Calatrava en 1960), que ha elegido un título muy acertado para el volumen: *Palabra compartida*, pues por una parte nos remite a la complicidad con Claudio Rodríguez, para quien la poesía era básicamente "participación", y por otra parte refleja bien ese cariz humano, directamente comunicable de la poesía de Cabañero, en la que se ha visto en ocasiones una suerte de franciscanismo.

Lo esencial de la poesía de Eladio está en este libro, tanto en lo que concierne a producción como a acercamiento crítico. La "Introducción" es precisa, rica en matices, y se lee con mucho agrado y fluidez. Se trata, además, de un texto cercano y bien documentado, en que el entusiasmo del amigo y admirador no borra el rigor del investigador y crítico. Pedro A. González Moreno destaca, sobre todas las cualidades del poeta, su autenticidad, por eso empieza su introducción hablando del temple de su voz lírica para inmediatamente después situarlo en su generación, principalmente a partir de su aparición en las principales antologías de la época. Y es que la prueba más palpable de que Eladio Cabañero fue un poeta imprescindible en su tiempo es que aparece en todas las antologías principales del momento, empezando por la de Jiménez Martos, *Nuevos poetas españoles* (1961); pero principalmente destaca su inclusión en la exclusiva segunda antología de Ribes, *Poesía última* (1963), formada por una reducida nómina que incluye a Claudio Rodríguez, José Ángel Valente, Carlos Sahagún, Ángel González y el propio Cabañero. Sabido es que consta en la sonada *Poesía social española* de Leopoldo de Luis (1965), donde, como casi todos los incluidos, evita en su reflexión inicial definir lo social de la poesía en términos estrechos y habla de una tendencia constante o amplía el campo del compromiso: "porque lo social es todo un estado general de conciencia, hacia adelante". Si es difícil clasificar una poesía tan compleja como la suya dentro de una definición apretadamente social, lo que es cierto es que la figura de Cabañero ha sido clave en el proceso de rehumanización de la poesía española de posguerra.

En cuanto a los rasgos de su producción poética el introductor destaca su humildad, sencillez (después de superada cierta retórica) y la capacidad

de transmitir "la vibración más pura de las emociones" (18), todo ello acompañado por una consciente transparencia en la forma. Imprescindible es el epígrafe dedicado al paisaje, que tanta importancia tiene en este poeta, pero entendido como paisaje humano, lo que lo acerca a la poesía de Antonio Machado. Se cierra este breve pero enjundioso estudio con un apartado sobre el hombre desde una perspectiva más personal, que incluye una semblanza de quien lo conoció personalmente y nos transmite el emocionado testimonio del hombre que había tras los versos y que transfundió su humanidad en ellos. Finalmente, encontramos una esencial y actualizada bibliografía de estudios sobre el autor, que quisiéramos más extensa en el sentido de que demostrara más atención crítica a la poesía de Cabañero.

Para la selección de poemas se ha tomado como base la edición de Plaza & Janés del 70, ya mencionada, de manera acertada, en mi opinión, pues constituye el corpus de su poesía completa tal y como la planteó el autor, en tanto que después de ella no publicó libro alguno. De aquí están tomados todos los poemas editados en libro y los cuatro primeros de la última parte titulada "Poemas sueltos y homenajes". Los once restantes, que ya no aparecían en la edición del 70 han sido recogidos de varias procedencias, que se indican en nota, todos ellos posteriores a 1989. Incluso en estos textos dispersos tenemos algunos que no aparecen en las obras completas, *Poesía reunida*, editadas por el Ayuntamiento de Tomelloso en 2001, como los homenajes a García Pavón, Gerardo Diego o Rafael Morales.

La selección está bien hecha y es equilibrada. En realidad, ante una obra tan reducida en tamaño, cualquier antología un poco extensa se aproxima a unas obras completas. Por tanto, el antólogo no ha tenido que desechar mucho y desde luego ha acertado con lo esencial. La lectura de la selección permite hacernos una idea exacta del espíritu de cada libro. La carga paisajística del primero, que resuena en su título, *Desde el sol y la anchura*, viene acompañada por una celebración de la existencia a través de las tareas agrícolas, expresada en un verso medido y clásico, tendente a cierto barroquismo, donde se aprecia la influencia de la fiebre sonetística de la época, forma que el poeta trabaja con un afán de artesano. En este libro hacen su aparición ya esas gentes pobres de La Mancha, que cruzarán toda su poesía, y que además de la observación directa viene un poco también de los versos de Machado y Hernández.

En *Una señal de amor* el poeta se libera de las constricciones formales y del barroquismo que impregnaba su primera obra y ensaya el verso sin rima y formas más libres. Se diría que el poeta ha dirigido su labor de artesano a la construcción de poemas más extensos pero de un fluir más ágil. En el contenido, se aprecia una mayor inmersión en el yo y mayor presencia del tes-

timonio vital y personal; subjetivización que, sin constituir en ningún momento ensimismamiento sino sintonía con otras subjetividades, se adensa en el que quizá sea su libro más personal, *Recordatorio*. Finalmente *Marisa Sabia* es una colección de poemas de amor, donde la forma, depurada ya en general hacia la palabra esencial, regresa a la vez, en el final, al soneto y la rima consonante de los inicios, y a los paisajes manchegos, más que en círculo en una espiral de madurez poética.

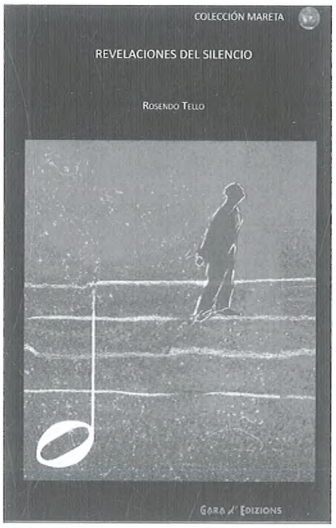
Sirva esta antología, pues, para volver a hacer presente a un autor cuyos versos sin dejar de tener la fuerza y la hondura del momento en que nacieron se han ido perdiendo por los rincones del canon. Muchos son los factores que intervienen para que un poeta de la altura de Cabañero se deslice hacia el olvido. González Moreno detecta una constante en los autores manchegos, preteridos por la cicatería de su propia tierra, mal que también sufrieron Juan Alcaide y muchos otros "sobre los que pesó y sigue pesando el indefinible lastre de haber nacido en una región como la nuestra, a veces tan poco atenta y generosa para con sus hijos más preclaros" (17). Francisco Gómez-Porro ya había advertido que nacer en La Mancha "para la literatura, es como ser pobre dos veces, como estar marcado por el estigma de la rusticidad y del mal gusto", según recoge el antólogo (17); lo que muy gráficamente el pintor Ginés Liébana denominaba "el silencio de los manchegos". No obstante, es toda una sociedad, no solo una tierra, la que va olvidando que el hombre y su paisaje mantienen con la palabra un vínculo del que nace la poesía esencial y, con ella, la comprensión y la dignidad de la existencia, verdad esta que encarnó como pocas la poesía de Eladio Cabañero.

ÁNGEL LUIS
LUJÁN ATIENZA

Rosendo Tello

Revelaciones del silencio

Gara d'Edizions,
Zaragoza, 2015



El silencio es la patria del poeta, ese lugar en el que todo puede suceder, ese espacio casi sobrenatural y fuera del tiempo en el que todo está por decirse. Pero el silencio no es sólo la pizarra donde el poeta va grabando sus palabras, inaugurándolo con el mismo acto con el que lo rompe, utilizándolo a la vez que lo ensucia (la palabra poética es, al cabo, aquella que está a un solo paso de ser silencio), sino que se diría

que el propio silencio dice, habla, escribe, se comunica y se expresa, algo que resulta aún más evidente y sublime en el ámbito de la música (y pobre de aquel músico que no conozca y ame el silencio y sepa mucho de él...). Es el silencio el que se abre para revelarse y, de ese modo, revelarnos cosas tan importantes que valen incluso más que él mismo, que merecen ser proclamadas aunque eso implique arañar la nada y reestrenar el mundo, algo que, lo sepa o no, hace todo poeta verdadero con su primer verso. Y el silencio, en todo caso, es en sí mismo un enorme y sabio poeta, francamente difícil de superar y con el que no conviene competir.

Digo todo esto al hilo del último título de ese paciente y profundo poeta (y pianista) que es Rosendo Tello (Letux, Zaragoza, 1931), un nuevo poemario meditado y generoso en el que el poeta (uno de los mejores de su generación, y desde luego el más relevante entre los aragoneses) vuelve a sus temas de siempre con renovadas hondura y emoción. He dicho *sus* temas, pero en realidad son *los* temas poéticos por antonomasia, aquellos a los que llevamos dando vueltas desde tiempos de Homero, esos que no cambian ni, por supuesto, caducan: la propia existencia de las cosas y el estupor del yo en medio de todo lo creado, la memoria personal (siempre con una tendencia a remontarse a la infancia y primera juventud), el temblor del amor y de los cuerpos, el cálido vaivén de los amigos, los espacios naturales y sobrecogedores (y sobre todos ellos los lugares del recuerdo, de los propios pasos y descubrimientos), el transcurrir inapelable de los días y el vislumbre de la muerte, cada vez más cerca, cada vez menos temible, cada vez más maternal y natural y, si no bienvenida, al menos aceptada no con resignación sino con humildad, casi conformes, como hiciera don Rodrigo Manrique en el mejor poema de nuestro idioma.

Yo, nacido en 1980, llegué un poco tarde a la poesía de Rosendo Tello, pues sólo cuando en 2005 la editorial Prames reunió toda su producción poética en aquel grueso volumen titulado *El vigilante y su fábula* empecé a recorrerla, con la ventaja de estar haciéndolo en el estricto orden cronológico de su producción (que en el caso de Tello, y por aquello de los caprichos editoriales –o bien, en ocasiones, por la excesiva autoexigencia del autor–, no coincide exactamente con el de la publicación). Rosendo Tello pertenece a un grupo de poetas zaragozanos que resultó decisivamente influido por la vanguardia, pero en ningún caso por la variante lúdica, gamberra o intrascendente del surrealismo sino que, muy al contrario, es el lado dolorido y nítidamente existencialista de aquellos movimientos el que, en años de carencias, de amargura social, de vigilancia... articula la voz poética de aquellos poetas que vivieron y escribieron y "conspiraron" en torno al café Niké (entre los que destacan muy especialmente Miguel Labordeta y Julio Antonio Gómez). Los primeros libros de Tello participan a su modo de aquellas melodías distorsionadoras, más o menos herméticas, pero muy pronto supo distinguirse de aquel

lenguaje y encontrar (y entender y aceptar como suyo) un estilo mucho más cristalino, bastante más despojado y desde luego inteligible en el que Tello ha permanecido hasta hoy mismo, dando en cada nuevo libro un nuevo y decidido paso hacia la claridad, hacia la sencillez, hacia una verdad poética que tiene muchas cosas esenciales que decir y las dice, sí, con circunloquios y con referencias culturales y con tendencia a los versos largos en poemas de largo aliento... pero de un modo decididamente común, inclusivo, comunicante. El buen oído musical de Rosendo Tello es, de tan obvio, una de las características que más se han admirado y comentado al hablarse de su obra, y en efecto es un maestro de la métrica (lo cual quiere decir que la subvierte a su antojo y según su conveniencia siempre que se le antoja, algo que no podría hacer sin fracasar alguien cuyo dominio de las formas no fuese irreprochable) en una tierra que tradicionalmente no ha sido muy aficionada a las "sílabas cuntadas". Pero el *qué* se dice en sus poemas no es en absoluto inferior al cómo, y no es que el contenido de los poemas haya estado siempre a la altura de su superficie visible y material, sino que aquél fue siempre de la mano de ésta, obteniendo poemas perfectos, algo que tiene más mérito si tenemos en cuenta la habitual longitud de esos textos, que pocas veces ocupan una sola página.

Tras *El vigilante y su fábula* Rosendo Tello publicó *El regreso a la fuente* (Prames, 2011), y aquél ya era un primer libro de rotunda y luminosa plenitud al que ahora (y tras la interpolación de la llegada a las librerías de *Magia en la montaña* (Prames, 2013), un viejo poemario también magnífico pero retenido durante lustros en un cajón) se unen estas *Revelaciones del silencio* para continuar y acaso culminar una trayectoria ejemplar, tenaz y consciente como pocas que yo conozca. El texto de contracubierta del libro justifica esa posibilidad porque habla explícitamente de que con estos poemas se "completa la trayectoria de su obra lírica", al tiempo que se avisa de que de un modo tácito pero también abierto este libro último dialoga con *Ese muro secreto ese silencio*, el breve poemario con el que Tello debutó en 1959, con lo cual se apunta a una elegante circularidad final en su trabajo.

Pero para encontrar armonía interna no hace falta salir de este nuevo libro. Divididas en cinco bloques más o menos monográficos, aunque de un modo deliberadamente impreciso, estas *Revelaciones del silencio* son exactamente sesenta y una, y en ellas se indaga en esos temas eternos apuntados antes, explorándolos de un modo sereno pero también exhaustivo, y siempre a la luz de la experiencia y la veteranía del poeta, que en cada nuevo libro exhibe una mayor lucidez, unos matices y unas correspondencias que, partiendo de los símbolos primarios (y a veces con un ojo puesto en la poesía popular), saben llegar cada vez más lejos, recurriendo gozosamente a los tópicos sin caer jamás en el cliché.

Los propósitos vitalistas ("Ser actual y eso basta hasta que el tiempo brille. / Y atender el pasado y doblar el presente / y alumbrar el futuro. Saber estar siempre

/ en cualquier circunstancia, abrir nuevos / sendero de la mente, contemplar los abismos / sin perder la razón. El sentimiento de libre / y la visión clara frente a toda acción, / sin mirar a la muerte": "Cuando pasan los años": pág. 46) no son incompatibles con la consciencia de lo que ha de venir, pues todo es vida mientras deje de serlo, lo cual no impide que llegue un momento en que vivir significa, por encima de todo, hacer balance. Y, en ese sentido, los muchos que ha escrito y publicado ya Rosendo Tello son inolvidables: "Qué serenidad me llena cuando salta / mi alma, ya sale del interior y vuela / suelta, / escindida de su prisión corporal. / Qué gozo de hablar con los seres míos / que jamás me abandonaron. Voy despierto / y gentil, no soy el otro que llega mudo / y a trompicones, sino que se apresura, / el que responde atento. Una estrella / sonríe y desciende en la noche llena" ("La voz de la tierra", págs. 84-85).

JUAN MARQUÉS

Zenobia Camprubí

Diario de juventud: Escritos. Traducciones

Edición e introducción de Emilia Cortés Ibáñez
Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2015

Como no me casé hasta los veintisiete años, había tenido tiempo suficiente para averiguar que los frutos de mis veleidades literarias no garantizaban ninguna vocación seria. Al casarme con quien, desde los catorce, había encontrado la rica vena de su tesoro individual, me di cuenta, en el acto, de que el verdadero motivo de mi vida había de ser dedicarme a facilitar lo que era ya un hecho y no volví a perder el tiempo en fomentar espejismos.

Con edición e introducción de Emilia Cortés Ibáñez, publicado por la Fundación José Manuel Lara, y con la colaboración de Carmen Hernández-Pinzón, sobrina nieta y representante de los herederos de Juan Ramón Jiménez y Camprubí, aparece por primera vez *Diario de Juventud. Escritos. Traducciones*, como un perfecto espejo en el que conocer el verdadero rostro de quien, equivocadamente, ha sido considerada como una mera segunda de a bordo.

Nacida el 31 de agosto de 1887 en la localidad barcelonesa de Malgrat de Mar, Zenobia fue la única chica, entre cuatro varones, de Raimundo Camprubí e Isabel Aymar. *Este diario no es un registro de mis pensamientos y sentimientos, no es para ordenar lo que hay en sus páginas. Podría seguir los estadios de evolución que ha habido desde mi infancia hasta mi etapa de mujer, que se han mantenido conforme a los deseos de mi madre.* Porque, en efecto, son tanto su madre como su abuela —dos muje-

res cultas e instruidas—, las encargadas de la educación de una joven cuanto menos, tal y como pareciese por su trayectoria, sumisa. *Si tú me quieres lo que debes hacer es sobreponerte a tu generosidad, (...) procurar que no me vuelva a enviciar con la decadencia de la voluntad. (...) Yo te suplico que le des la importancia debida a lo que te digo pues estoy justamente en la edad crítica en que se forman las costumbres y el carácter, y si no hago un último esfuerzo ahora, será terrible para mí en el porvenir.* Así es como Camprubí, consciente de sí misma desde una edad lo suficientemente temprana como para salvarse, insta a su progenitora a sacarla del letargo y los caprichos propios de su clase.

Esta voz primera, la del *Diario de juventud* iniciado en septiembre de 1905, recoge, de un modo casi esquemático, sus experiencias de adolescencia y primera juventud hasta 1911: los años en Estados Unidos, en Newburg, Nueva York, tras la separación de sus padres y el abandono de la residencia familiar en Valencia. No en vano, los cinco años de estancia en una ciudad con tan amplias posibilidades no hicieron sino acrecentar su curiosidad, su valía y sus inquietudes intelectuales, como ella misma evoca: *Estoy tan encantada y tan entusiasmada con todo que no creo que haya ni una persona que disfrute la vida más que yo.* El cambio de los aburridos paseos en coche de caballos, de su solitaria formación en casa y sus quehaceres por un espacio amplio y lleno de incentivos como era la ciudad de Nueva York fue conformando no solo los primeros resortes de una conciencia adulta —(...) *No tomar nunca una resolución o promesa sin pensarla bien e intentar cumplirla. Cuando se decida una acción empezar inmediatamente. No hacer excepciones o concesiones a la regla una vez que se tiene. No hace por hacer. Esperar hasta sentirme más capaz de continuar la labor. No permitirme nunca vivir completamente dedicada al espíritu y a los pensamientos durante mucho tiempo. Volver a la madre tierra con frecuencia,* anota en su diario—, sino también de un carácter abierto, social y alegre que se dejaba ver y valorar por todos los muchachos y muchachas con los que se relacionaba en su nuevo emplazamiento. *No es España, ni América, ni patriotismo, ni memorias, ni resoluciones. No soy sino un deseo.*

El regreso a España en 1909 —decisión de su progenitora favorecida por la reconciliación con Raimundo Camprubí— trajo de vuelta a una Zenobia que ya nada tenía que ver con la niña que salió cinco años antes hacia las Américas. Su nuevo sentido de la independencia, en choque más que previsible con todos los jóvenes españoles de su edad, había despertado en ella una inquietud social que siguió acompañándola hasta sus últimos días. Considerando no solo las nuevas tesis feministas en boga sino la educación como valor indispensable para la formación de una conciencia crítica, puso en marcha en La Rábida —primera parada tras el regreso norteamericano— una escuela rural en su propia casa con objeto de alfabetizar y premiar a todos los niños de los alrededores:

Cualquier cosa civilizada allí se podría considerar sacrílega. En las tiendas buscamos cosas rústicas. Nos muestran sillas rococó horribles, con tantos nudos y molduras que uno se pregunta si la viruela es un mueble tanto como una afección humana (...). Papá que temía que no estuviésemos contentas con la sencillez de esta vida, ahora está preocupado por su propio confort. La gente comprende rápido. Nos toman por extranjeras, artistas y "originales" y han aceptado nuestro punto de vista.

Sumado a ello, y una vez instalada la familia en Madrid, no desaprovechó una sola oportunidad de ampliar consciencias y socorrer a los más necesitados. Involucrándose en proyectos tanto culturales como intelectuales, trabajó en la Residencia de Señoritas, fue secretaria del Comité de Selección del Programa de Intercambio de Becas con Norteamérica y secretaria, junto a la talla de otras mujeres como María de Maeztu, del Lyceum Club. Su visión, mucho más amplia que los tiempos en los que le había tocado crecer, queda patente en reflexiones como la que sigue: *Cuando digo "flor de estufa" me refiero a la educación que en aquellos años aún cercanos se daba a la muchacha española pues, aun cuando se procuraba cultivarla lo mejor posible y sin escatimar nada en las familias pudientes enviándolas al extranjero: Suiza, Francia, etc., todavía en España se consideraba un poco despectivamente que la mujer de las clases acomodadas trabajase en cualquier actividad remunerada. Es decir, que estas familias consideraban mal que una muchacha se ganase la vida.*

NO TE ATORMENTES POR SU CORAZÓN, CORAZÓN MÍO

Qué cosa hermosa hubiera sido tener un hijo.
Despertar de la siesta con la sorpresa tierna de su
Tenderse serena a soñar en el placer de su éxito, abrazo logrado.
Tenderle un puente cuando vacilara al borde del abismo.
Llevar su alma en pos de un alto anhelo
Seguirle con los ojos hasta verle lejos
Espiarle ansiosa espiando su regreso.
Apartar de su lado la acechanza.
Reír, llorar, vivir con él en todo
Gozar la vida en su más puro gozo
¡No conocer jamás esta desesperanza!
Tener un hijo.

En 1913 Camprubí conoció en una conferencia en la Residencia de Estudiantes a Juan Ramón Jiménez. El interés despertado por ella frente a aquel escritor ya consolidado en nada se correspondió con el que él evocó en la joven risueña y desenvuelta, seis años menor, que Zenobia era. Sin embargo, el fervor juanramoniano y su constancia hicieron que, tan solo dos años más tarde, el noviazgo se formalizase y que, en la línea literaria compartida, empezasen a trabajar juntos en la traducción de la obra de Rabindranath Tagore. Mientras Zenobia, conocedora del inglés, el francés, el italiano y el alemán aportaba sus conocimientos lingüísticos, él incorporaba

la luz poética. De tal operación nació *Luna Nueva*, la cual, a su vez, contó con no pocas loas por parte de la crítica en la época. Ya en 1916, ambos se juraban lealtad en la iglesia católica de San Stephen, de Nueva York.

Artículos, relatos publicados e inéditos, poemas como el que abre este apartado, traducciones de la obra de JRJ, entre otros autores como Shakespeare o Yeats, se recogen en este volumen —paradójicamente, en vida de Camprubí no apareció nada de lo escrito durante la madurez, a excepción de *Juan Ramón y yo*, en la Revista *Américas* (1954)— que muestra, sin embargo, su mayor grado de brillantez en el apartado de las conferencias. Es ahí donde aparece una Zenobia hecha y reflexiva *(Después de trabajar algún tiempo en varias asociaciones caritativas llegué a convencerme de que en Madrid, y debido a la falta de coordinación o centralización de las muchas organizaciones benéficas, había llegado a formarse un grandísimo elemento parasitario que, a cambio de adulaciones hipócritas a las señoras que le visitaban o favorecían en alguna forma, conseguía vivir gratuitamente con mucho menos esfuerzo que una familia normal trabajadora.* [...] *como me dijo en una ocasión su presidente: "Es inútil, cada una de estas señoras está enamorada de su propia obra y quiere administrar la caridad ella a su manera")*, juiciosa *(Únicamente los prohombres de la Real Academia Española, algunos de los cuales no sabían escribir correctamente a sus señoras, se opusieron sistemáticamente al ingreso de algunas escritoras, como por ejemplo Dª. Emilia Pardo Bazán que escribía mucho mejor que la mayoría de ellos)*, humanitaria *(Una amiga mía al enterarse en Madrid de que mi marido y yo habíamos adoptado a doce niños mientras durase la guerra para ayudar, con nuestro pequeño hogar, a la obra grande de conjunto, me preguntó incomodada: ¿Cómo se te ha ocurrido prohijar a esos proletarios?* [...] *Esto no nos importa. Son niños.)*, y, sobre todo, muy por delante del propio tiempo que le tocó vivir *(La primera persona que vino a hablarme de fundar un Club de Mujeres fue Victoria Kent* [...]. *Me pareció excelente la idea. Creía yo que el resultado más trascendente de su creación debería ser el borrar diferencias de orientación y prejuicios de clase, por medio del común interés intelectual).*

En 1951 Juan Ramón y Camprubí abandonan Boston, tras ser esta última operada de un cáncer de matriz del que, con anterioridad, había sido tratada en España sin demasiado éxito. De nuevo, y atendiendo a las necesidades de su marido, iniciará su último viaje a Puerto Rico con objeto de que el poeta encontrara la ansiada tranquilidad. Sin embargo (como ocurriera en el primer viaje organizado por su madre), cinco años más tarde, la recaída no tendría vuelta atrás. Paradójicamente, el 25 de octubre de 1956, el poeta recibía el Nobel de Literatura. Tres días después, Zenobia Camprubí le diría adiós a él y al mundo. *En la tenue luz de la mañana, de repente nos percatamos de algo que flotaba por encima de las aguas grises. Una ciudad fantasma bastante próxima y preciosa. No parecía real sino más bien una de esas ilusiones evanescentes que se esfuman cuando nos aproximamos a ellas.*

Quizá no podamos considerar estrictamente a Zenobia Camprubí una escritora de primera línea, como sí lo fue Juan Ramón desde su juventud. Sin embargo, su mente lúcida, su implicación en todo tipo de debates intelectuales y movimientos sociales en pos de la mujer y de los más necesitados, su disciplina, su fuerza de voluntad, su lucidez, su férreo convencimiento en cada uno de los proyectos que puso en marcha —a pesar de compartirlo todo con una persona, su marido, que adolecía desde temprano de una existencia apática y una debilidad de espíritu considerables—, llevan a Zenobia Camprubí a situarse, sin lugar a dudas, en el podio vencedor. Hay quien siendo poeta lega versos y textos intachables que perdurarán toda la vida y hay quien siendo poeta también, lega una existencia asentada en actos, una mirada llena de futuro y una mente amplificada como la que ahora se recoge y dilucida en este *Diario de Juventud*, tan bien tallado.

MARÍA ALCANTARILLA

Acacia Uceta,

Poesía completa

Prólogo de Jesús Hilario Tundidor
Ediciones Vitruvio
(Colección Baños del Carmen), Madrid, 2014

A veces la lectura de un nuevo libro alcanza rango de epifanía lírica. Es lo que me ha sucedido con los versos de Acacia Uceta (1925-2003), la poeta madrileña que cantó al paisaje conquense. Escritora de varios empeños (narrativa, ensayo, crítica literaria y, sobre todo, poesía), nos ha dejado los poemarios *El corro de las horas* (1961), *Frente a un muro de cal abrasadora* (1967), *Detrás de cada noche* (1971), *Al sur de las estrellas* (1976), *Cuenca, roca viva* (1980), *Íntima dimensión* (1983) y *Árbol de agua* (1987), así como los títulos póstumos *Calendario de Cuenca* y *Memorial de afectos*, publicados ambos en 2004.

Una primera lectura del volumen que publica Ediciones Vitruvio evidencia que estamos ante una voz delicada y a la vez contundente. Desde su primer libro, *El corro de las horas*, los versos de Uceta muestran un logrado equilibrio entre la angustia existencial del ser humano, desvalido desde la cuna, y la celebración de la vida. La primera se justifica por una infancia trágica durante la Guerra Civil. Uceta tenía once años cuando estalló la guerra y era aún una niña cuando comenzó el duro calvario de la posguerra: "una niña triste sin rojas amapolas, / una niña tan vieja como el dolor humano" ("La hora del alba"). Ante la certeza de la oscuridad que nos aguarda, reconocerá que ya tiene "como un conocimiento de esta muerte / que aprendí, allá en mi infancia, / entre las bombas y el terror

desnudo" ("La noche"). Modelada en buena medida con el mismo barro sórdido de la España más negra, Carmen Laforet había publicado en la década de los cuarenta su novela *Nada*.

Así pues, la vida y la muerte se funden en un abrazo constante. Sucede desde la gestación misma de la autora, todavía embrión en el vientre materno, y continúa en el momento del alumbramiento, cuando el oxígeno que da la vida se hermana con la muerte ("La hora inicial"). De este modo el bebé que será poeta, que ya lo es en potencia, descubre la rotundidad de la existencia en ese "instante tremendo" en el que la vida se abre camino a través del grito de dolor de la madre. La idea retorna en otro poema con una formulación genérica: "Cada niño nacido / responde con su llanto / a un gigantesco coro de lamentos / que intenta ser canción frente a su vida" ("Alzada fue la vida"). Por tanto, abismo, absurdo, dolor y soledad forman parte de la herencia que la poeta ha recibido como legado humano.

Uceta recupera el pensamiento de Schopenhauer. Si para el filósofo alemán el estado posterior a la muerte es el mismo que el anterior al nacimiento, para ella la vida se revela como un paréntesis entre dos eternidades, dos soledades, dos estados de muerte ("Prisma mortal", "Eslabón"). Lo expresa magistralmente en otros versos: "De soledad en soledad venimos / rozando las orillas de la Nada" ("Alzada fue la vida"). Concebido de este modo, el acto de nacer consistiría en abrir un minúsculo orificio en las sombras para asomarse al mundo. Esta efímera irrupción de la vida en el infinito océano de la Nada empequeñece al ser humano y la poeta, consciente de tal insignificancia, solo aspira a ser nube que no deja más huella que una sombra pasajera. Pero la aceptación de nuestra fugacidad supone encarar en todo momento dos verdades: la inexorable fuga del tiempo y nuestra propia muerte. En los primeros versos de "Paseo por el Parque de San Julián" recurre al tópico del *Ubi sunt* para buscar la infancia de sus hijos en la soledad y el silencio de un "parque encanecido". Por otra parte, es llamativa la omnipresencia de la muerte en la poesía de Uceta. No se trata de la muerte traumática de los seres queridos (excepto en el caso de las elegías), sino de la muerte como tránsito presentido, esperado y a veces anunciado mediante símbolos ("Tormenta"). Machado y Juan Ramón podrían estar dictándole estos versos: "Será un día cualquiera perdiéndose en lo eterno. / Los hombres, anhelantes, proseguirán su marcha / soñando primaveras" ("La hora presentida").

No obstante, en las grietas arraiga la vida jubilosa, que se impone de modo categórico durante la gestación de su hijo. Ahora el grito es de inmensa alegría, de asombro y agradecimiento ante la dicha venida y venidera, y este sentimiento se expresa con versos notables: "Vendrá la primavera en su carne de nardo / a fundir nuestra nieve, como un rayo de sol" ("La hora íntima"). El amor al esposo (el periodis-

ta y también poeta Enrique Domínguez Millán) y a los hijos constituye uno de los motores de esa celebración. Toda la Creación participa alborozada de su felicidad de amante ("Mediodía") y el amor palpita en cada acto cotidiano, en "este pan que me pones en la mesa / y el beso donde acuesto tu fatiga" ("A Enrique"). Es el disfrute de lo sencillo, atrapado en una mirada, el "gozo de poseer lo contemplado" ("Círculo "). Tal vez sea el poema "Testamento", del libro *Frente a un muro de cal abrasadora*, el que mejor transmite el espíritu gozoso ante las bondades de la vida. No obstante, la poeta pide a los hijos que no olviden "el límite preciso / en que el hombre comienza a ser mezquino". De nuevo, luz y sombra.

Si el amor de la familia es indispensable para tolerar el desasosiego existencial, la fe cristiana aporta consuelo y redención, esperanza en definitiva. Dios se concibe como un antepecho que salva del abismo. En "Súplica" ruega no verse alejada del rebaño cristiano doliente: "Retórname, Señor, a lo sencillo..." Como ella, también sus hijos han venido al mundo para honrar a Dios: "Hijo, sólo mi paz conseguiría / viendo que te he creado para Dios!" ("A mi hijo") y "Yo te quiero canción de primavera / cantando para Dios en el silencio ("A mi hija"). Hay momentos en los que la espiritualidad de Uceta se acerca al misticismo. Cuando escribe "Y está tu voluntad en la tristeza / con que el hombre se busca por hallarte" ("Tríptico de amor en mí, I"), parece seguir la enseñanza de Santa Teresa de Jesús en *Camino de perfección*: "Ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí". No en vano dedica a la santa el primer poema de *Memorial de afectos* y otro de *Al sur de las estrellas*, donde le confiesa que va buscándola más allá de sus libros y los altares para "llenar mis alforjas de tu luz y tu gracia". En el citado "Tríptico del amor en mí, I", dedicado a Dios, la divinidad todo lo inunda y todo lo circunda: la luz, la flor, la inocencia, el silencio, la tristeza, la brizna de hierba, una esquina, un alero lleno de gorriones. Penetra en el hogar con cada alborada: "Amo la luz que llega a mi ventana / y te saludo en ella cada día".

Sin duda esta concepción panteísta influye en su visión de la naturaleza. Están presentes de manera especial Cuenca (lugar de nacimiento de su esposo) y el paisaje de su entorno, a los que dedica los libros *Cuenca, roca viva* y *Calendario de Cuenca*. La función poética de la naturaleza es polivalente: lugar de paz y mansedumbre para el alma dolorida, reflejo inagotable de la armonía del mundo, escenario de amores y vehículo de comunicación con Dios. De nuevo se adivinan ecos de Machado ("Mañana de enero", "Invierno", "Febrero") y Juan Ramón ("Absoluto"), autores que forman parte de su canon preferido, como puede verse en el homenaje a algunos escritores (además de los citados, Aleixandre, León Felipe, Blas de Otero, Miguel Hernández, Ángel Crespo, Ángela Figuera, etc.) que incluye *Memorial de afectos*. La

declaración de amor a Machado es explícita: "Te guardo entre las cosas más amadas, / más lejanas también, más doloridas" ("Antonio Machado"). Hay versos excelentes en el canto a la naturaleza, como este despuntar del día: "Regresa el alba. / Un preludio de luz, apenas nada, / le devuelve a la rosa su contorno" ("Amanecer frente a la hoz del Huércar"). A su vez, el género pastoril ha dejado su huella en "Amor", que comienza con versos que remiten a la Sicilia de Teócrito o la Arcadia virgiliana: "Caramillo que suenas / junto al frescor del lago, / despiertas con tu música / las primeras alondras / y es tu amor el que tañe / y sigue desgranando / el sencillo lenguaje / del amoroso encuentro".

La poesía de Uceta es fuertemente autobiográfica. Podría pensarse que el "yo" doliente o festivo es excluyente y no deja espacio para nada más. El poema "Canto intermedio", donde se canta a la individualidad y al placer de poseerla ("¡Yo y mis pasos! / ¡Yo y mi canto! / ¡Yo y mi angustia! / ¡Yo y mi esperanza! / ¡Yo! / ¡Yo! / ¡Yo!"), parece apuntalar esa idea. Sin embargo, hay preocupación por el hombre, perdido entre la Nada y Dios, en el poema "Por el hombre", que no se queda en las aguas remansadas del principio humanista y cristiano, sino que pronto se torna grito social en favor de los enfermos, los soldados muertos, los ajusticiados y los prisioneros. Otro poema con tono social es "Madrid (Primavera de 1938)". El primer verso es una imagen poética poderosa, un símbolo de esa oposición sombra/luz que es constante en su poesía. Ante la desolación, los niños, cogidos de la mano, festejan la primavera con canciones de trinchera que hablaban de libertad y de victoria: "niños sin fortuna, / olvidados y puros, / con las alas atadas para el vuelo, / alzamos nuestro canto / frente a la primavera". En "Hombre cansado" la mirada de la poeta se posa en un viajero del metro que es trasunto del fracaso y la desidia. Y "Canto a la paz" es una llamada a la rebeldía contra la guerra: "Vosotros, que sois siembra de amapolas, / ¡negaos a ser sangre derramada!" Dejo para el final la amistad, uno de los más preciados bienes con los que los hombres sobrellevamos las amarguras de la existencia. De entre los poemas que Uceta dedica, destaco ahora la elegía por la muerte de Federico Muelas, incluido en *Al sur de las estrellas*. Difícil resulta no evocar los versos de Miguel Hernández a Ramón Sijé en estos de Uceta: "Tu muerte ha sido, Federico, / la primera nevada de esta tierra [...] Una mano de escarcha / acarició tu frente desvelada".

En conclusión, su poesía se sustenta en una relación de causa y efecto paradójica en apariencia: cuanto más acosa la muerte, más arde la vida. Para darle forma poética a este choque de contrarios, Uceta emplea algunos símbolos tradicionales: sombra / luz, cumbre / abismo, rosa / espina. Para poder vivir con el peso de la angustia (ya lastrado por una infancia entre bombas) emergen fuerzas auxiliares: Dios, el amor, la familia, la naturaleza, la amistad. Al

tratarse de un volumen que recoge toda su poesía, se aprecia la evolución lírica desde los primeros versos hasta las composiciones póstumas. Vemos cómo las sombras iniciales de 1961 persisten en *Íntima dimensión*, un libro ya maduro de 1983, y cómo hacia el final de su vida se produce un recogimiento familiar. Son estos, los poemas familiares, los menos logrados para mi gusto; cuando contienen pinceladas de fino trazo, es porque se ha deslizado en ellos la reflexión existencialista. En cambio algunos de los mejores se encuentran entre las elegías a los amigos, como la citada a Federico Muelas o la que dedica al pintor Antonio Delgado Raja. Por otra parte, observo en la poesía de Uceta cierto abuso de las aves (la alondra sobre todo) y de las mariposas como trasunto —según parece— de la impotencia ante fragilidad de la vida. También se repiten con insistencia la imagen del cuerpo como un recipiente (vaso, cuenco) y los verbos "habitar" y "enjoyar" en contextos no siempre afortunados. Por lo demás, se trata de una poesía limpia, clara y emotiva, con momentos de brillantez. Como el soneto dedicado a Jorge Manrique, el enamorado de la muerte. Ella, tan presente en este libro.

ANTONIO
SERRANO CUETO